

PUNTO 2.º

EL YELMO DE LA SALUD Y LA ESPADA DEL ESPÍRITU

El yelmo, carísimos hermanos, que antiguamente usaban los soldados, servía poderosamente para preservar su cabeza de todo golpe del enemigo, y por comparación nos encarga hoy el Apóstol que, como soldados de Cristo, tomemos *el yelmo de la salud*, el cual, según declara el mismo Apóstol (I Thesal., V, 8) es *la esperanza de nuestra salvación*.

¿Quién, que tenga esperanza de obtener la gloria eterna, no pelea ahora denodadamente contra toda herejía y contra todos los espíritus del infierno, por más que se hallen encarnados en hombres poderosos y en príncipes y gobernadores de este siglo? Si *el escudo de la fe* es fortaleza para vencerles, *el yelmo de la esperanza* es el impulso que mueve á la fe y que hace arder á los corazones cristianos en llamas vivas de caridad. Reservada con este yelmo la cabeza, ésta dirigirá con acierto á todos los miembros, y no haya miedo que ningún cristiano desmaye en la pelea y se dé por vencido. En la cabeza del hombre residen los buenos pensamientos, los buenos fines y las buenas intenciones, y como esto no falte, la misma cabeza moverá el corazón, la voluntad, los buenos deseos, las palabras y las obras; la misma cabeza hará que se tome—como añade el Apóstol—*la espada del Espíritu*. (*Glaadium Spiritus*).

Nadie puede ignorar que esta *espada del Espíritu* es la *palabra de Dios*, porque el texto sagrado lo declara expresamente, y esta palabra de Dios nos la suministran, no sólo las Sagradas Escrituras en miles de páginas, sino la voz infalible de la Iglesia, que siempre se deja oír de quien no quiera ser sordo, y especialmente en nuestros días son admirables y no dejan nada que desear ni el *Syllabus* del inmortal Pío IX, ni el santo Concilio Vaticano ni las luminosas y portentosas Encíclicas de nuestro Santísimo Padre León XIII.

Ahí están esos documentos sagrados y en ellos puede leer el que tenga ojos y quiera, los horrorosos estragos de las monstruosas herejías reinantes, ya en los individuos, ya en las familias, ya en los Estados, ya en el mundo entero. En ellas puede ver lo que es el *racionalismo* y sus nefandos hijos, *el deísmo*, *el panteísmo*, *el ateísmo*, *el materialismo* y *el positivismo*, *el masonismo* y *el liberalismo*.

En ellas puede ver el sistema de los revolucionarios modernos sobre *la libertad é igualdad* originarias en el hombre; el sistema del *contrato social y la soberanía del pueblo*: el sistema práctico político de los *comunistas, socialistas y anarquistas*.

En ellas puede ver lo que es la negación del orden sobrenatural, la soberanía de la razón humana, la deificación del hombre, la restauración de la idolatría pagana y el odio eterno al Dios verdadero, á su Hijo unigénito Jesucristo, á la Iglesia católica, y á las órdenes religiosas y á todos los ministros del santuario.

Y, por no molestaros más, en ellas puede ver ese cúmulo de inmundicias, llamadas *libertades modernas*, piqueta demoledora de la Religión, del trono, y de todas las instituciones sociales del cristianismo; porque, en resumen, todas las herejías de nuestros tiempos pueden sintetizarse en esta satánica frase: «*Odio á Cristo nuestro Señor, y viva la razón pura. Muera Cristo, y viva Lucifer.*»

He concluido, amados míos, cuanto pensaba deciros hoy; tristes verdades por cierto; mas no por eso hemos de sucumbir ante nuestros enemigos, sino por el contrario, haciendo lo que hoy nos recomienda el Apóstol, tomaremos *el escudo de la fe, el yelmo de la esperanza y la espada de la caridad*; ó sea la palabra divina é infalible de la Iglesia, y la victoria será nuestra, sirviendo los ataques de nuestros enemigos únicamente para acrecentar nuestros merecimientos y para poner en nuestras sienes corona eterna de gloria. Amén.

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo XXII después de Pentecostés.

Prosigue el combate espiritual cristiano.

HERMANOS míos amadísimos: Hemos llegado, por fin, á la Dominica del amor y confianza en Dios, y con gozo de mi corazón os dirijo hoy mi palabra, confiando en que la Epístola de este día ha de ensanchar vuestro ánimo alentándoos á servir y amar cada vez más á Dios nuestro Señor. La Iglesia nuestra Ma-

dre, que en el Domingo anterior os mostró los innumerables y terribles enemigos de nuestra salvación, indicándoos los medios generales de combatirlos, *empuñando el escudo de la fe, el yelmo de la esperanza y la espada de la caridad*, pasa hoy más adelante y nos declara cuán poderosos son los auxilios particulares que tenemos para vencerlos. Oigamos las palabras mismas de San Pablo, que son dulcísimas y consoladoras. Dice así:

«*Hermanos: Tengo la firme confianza de que Dios, que ha comenzado en vosotros la obra de vuestra salvación, la acabará y perfeccionará más y más hasta el día de Jesucristo. Y es muy justo que yo sienta esto de vosotros, porque os tengo en mi corazón, y porque tomáis parte en mis prisiones, y en la defensa y confirmación del Evangelio, y sois todos compañeros de mi gozo. Porque Dios me es testigo de la ternura con que os amo á todos en las entrañas de Jesucristo. Y lo que le pido es que vuestra caridad crezca más y más en luz y en toda inteligencia para que sepáis discernir lo que es mejor, y seáis puros y sinceros, y no sea interrumpida por caída alguna vuestra carrera hasta el día de Jesucristo, y para que en alabanza y gloria de Dios, seáis llenos de frutos de justicia, que nos son dados por Jesucristo.*» (Philip., I, 6 á 11.)

Dos cosas, carísimos hermanos, nos muestra San Pablo en esta Epístola: una, que Dios nuestro Señor ha comenzado en nosotros la obra de nuestra salvación y que El la llevará á cabo, si nosotros no le ponemos impedimento con nuestras culpas: otra, que nosotros, cooperando á sus gracias y defendiendo la doctrina del Evangelio, podemos tener una certeza moral de nuestra perseverancia en el bien y de nuestra eterna salud. Hoy, para ser breve, me concretaré á la primera verdad y os digo: Dios nos ayuda á vencer á todos nuestros enemigos:

- 1.º Por sí mismo y por sus ángeles.
- 2.º Por los santos del cielo y por los justos de la tierra.

PUNTO 1.º

DIOS Y LOS ÁNGELES NOS AYUDAN Á COMBATIR

«*Hermanos—dice San Pablo, al comenzar su carta á los Filipenses, de donde está tomada la Epístola de este día:—gracias doy á mi Dios y Señor cada vez que me acuerdo de vosotros, rogando siempre con gozo por todos vosotros en todas mis oraciones, por*

vuestra constancia en perseverar en la fe que habéis recibido, y en auxiliar á los ministros del Evangelio.» (Philip., I, 3 á 5). Y de igual manera yo, amados míos, doy también gracias al Señor por el beneficio que os hace de conservaros fieles en la fe de Jesucristo, y por la parte que tomáis en la propagación de sus divinas enseñanzas, y hago diariamente ruegos á Dios porque continuéis todos—como dice el Apóstol—«*santos en Cristo Jesús*». (*Omnibus sanctis in Christo Jesu.*—Verso 1.)

Santos, porque *esa es la voluntad de Dios, vuestra santificación* (1), y santos *en Cristo*, porque Cristo es la fuente y la raíz de toda santidad, y de El recibe la santificación todo el que es santo. Ninguno que se halle separado de Jesucristo puede ser santo, y todos los que en realidad lo son, es por su unión íntima y plena con Cristo Jesús, siéndolo tanto más, cuanto más plena y perfectamente se hallen unidos á El.

Por lo mismo, cristianos míos, yo os exhorto, ante todo, á esta unión dichosa con nuestro divino Salvador. Unión *con la mente, con el corazón y con las obras*. Con la mente por la fe; con el corazón por la esperanza, con la voluntad, por el amor; con las obras, encaminándolas todas á su gloria y al cumplimiento de su divino querer. En una palabra, unión de todo nuestro ser, llevando una vida digna de Cristo, ó mejor dicho, que, como añade el Apóstol, *Cristo sea nuestra vida*, y nosotros podamos decir: «*Mi vivir es Cristo.*» (*Mihi vivere Christus est.* Verso 21.)

Con estos preliminares y lleno de este espíritu comienza ya el gran Doctor nuestra Epístola de hoy, diciendo: «*Tengo gran confianza de que Dios, que ha comenzado en vosotros la obra de vuestra salvación, El mismo la acabará y perfeccionará más y más hasta el día de Jesucristo.*» (Verso 6.) Es decir, hasta el día del juicio, ya sea en la hora de nuestra muerte, ya en el tremendo día del juicio universal.

Ahora bien; si Dios, como afirma San Pablo, *ha comenzado en nosotros la obra de nuestra salvación*; si El es nuestro Padre amoroso que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; si El nos ha santificado en el santo Bautismo y allí nos adoptó por hijos; si siendo hijos nos constituyó también herederos de la patria celestial y coherederos con Jesucristo; si Jesucristo, nuestro hermano mayor, es Dios y hombre verdadero y consubstancial al Padre, y murió por darnos vida; si con su vida y con su muerte can-

(1) Haec est voluntas Dei, sanctificatio vestra.

celó la Escritura de nuestra perdición, satisfizo por nosotros, hizo nuestros sus merecimientos infinitos y nos abrió las puertas del cielo; si además nos envió el Espíritu Santo, Espíritu de verdad, para que nos enseñara toda la verdad, y este Espíritu Santo se complace en comunicarnos sus gracias, sus dones y sus frutos, llevando su benignidad hasta el extremo de habitar de continuo en nuestro propio corazón... Si todo esto y muchísimo más sucede y lo ha obrado el Señor en favor nuestro, ¿cabe ni aun siquiera imaginar que Dios, que tal hizo, siendo omnipotente y amoroso hasta el infinito, haya de abandonarnos y no acabar ni perfeccionar en nosotros la obra comenzada de nuestra salvación? No, amados míos, y por eso San Pablo comienza diciendo: «Tengo por cierto que el que comenzó en vosotros la obra buena, la perfeccionará hasta el fin de vuestra vida.» (Verso 6.) «*Qui coepit in vobis opus bonum, perficiet usque in diem Christi Jesu.*»

Se objetará que nos rodean para perdernos multitud de fieros y astutos enemigos, y no comoquiera, sino ángeles rebeldes, espíritus satánicos que han tomado por instrumento á los hombres poderosos é infames de la tierra, que no pierden momento ni ocasión de combatirnos y de asediarnos para que reneguemos de Cristo y de su Iglesia... No importa, contestaremos, porque también es cierto que el Señor ha puesto á nuestro lado para defendernos multitud de espíritus celestiales, *ángeles de Dios para que nos custodien en todos nuestros caminos* (1), ángeles del cielo, inmensamente más poderosos que los del infierno, «*ángeles custodios enviados para ejercer su ministerio en favor de los que han de ser herederos de la eterna beatitud* (2)».

Ved aquí, carísimos hermanos, quiénes son nuestros auxiliares, nuestros ayudadores, nuestros guardadores. Ved aquí quiénes son los intérpretes, los ministros y los ejecutores de los designios de Dios para con nosotros. Son espíritus bienaventurados, príncipes que rodean el trono del Altísimo, potestades inmensamente mayores que las de la tierra, á quienes el Señor ha dado el encargo de dirigirnos en todos nuestros pasos, de advertirnos todos los peligros, alejando de nosotros todas las ocasiones y tropiezos en que pudiéramos sucumbir. ¡Qué providencia tan especial la de Dios para con nosotros! ¡Qué caridad tan tierna para con nosotros la de estos ángeles que nos rodean! ¿Por qué hemos de temer? Si en la tierra

(1) Angelis suis Deus mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis. (Psalmus XC.)

(2) Omnes sunt administratorii spiritus, in ministerium missi propter eos qui haereditatem capiunt salutis. (Hebr., I.)

nos circundan, nos embisten y nos persiguen multitud de agentes de Satanás y diablos encarnados, también tenemos por protectores y guardianes á millares de ángeles del cielo, y podemos estar seguros que, como nos dice hoy San Pablo, *Dios que ha comenzado en nosotros la obra de nuestra salvación, El la perfeccionará hasta el último día de nuestra existencia*, y nos llevará al cielo.

Mas no es esto sólo, porque también nos ayudan y protegen los justos de la tierra y los bienaventurados de la patria celestial, como ahora os diré.

PUNTO 2.º

NOS AYUDAN Á COMBATIR LOS SANTOS DEL CIELO Y LOS JUSTOS DE LA TIERRA

Es innegable, hermanos amadísimos, que aun cuando en el ejército espiritual de Jesucristo no hubiera en nuestro auxilio otros ministros que los santos ángeles, bastarían y sobrarían para vencer y triturar á todos los espíritus infernales y hombres impíos que tratan de perdernos; mas por dicha nuestra y para consuelo de nuestro corazón, ha puesto el Señor en nuestra ayuda á todos los santos de la corte celestial, y á los hombres justos que habitan entre nosotros.

Ya habéis oído en la Epístola, el tierno amor y la dulce complacencia que experimentaba San Pablo al escribir á los fieles de Filipos. «*Hermanos míos—les decía—es muy justo que yo sienta esto de vosotros, porque os tengo en mi corazón... Dios me es testigo de la ternura con que os amo á todos en las entrañas de Jesucristo.*» (*In visceribus Jesu Christi*. Verso 7.)

¡Qué expresiones! ¡Qué dulzura en su amor! Imposible me sería á mí explicáros las debidamente; mas, gracias al Señor, se encargó de ello San Juan Crisóstomo, quien con luz del cielo, puso en boca del Apóstol esta hermosa paráfrasis: «*Hermanos míos: os tengo en mi corazón; os tengo de continuo presentes en mi memoria; las más grandes persecuciones no son capaces de borrar, ni por un sólo momento, en mi ánimo el recuerdo de vosotros; en vosotros pienso en la cárcel; en vosotros pienso cuando comparezco ante los emperadores para defenderme; en vosotros pienso cuando predico el Evangelio, así de viva voz como por mis cartas; en vosotros pienso, y lo que me empeña á pensar siempre en vosotros, es el gozo que habéis manifestado tener en lo que me causaba complacencia. (... Socios gaudii mei omnes vos esse.)* Y no os imaginéis, hermanos míos, que

esto que os digo es el lenguaje de la lisonja: no; *Dios me es testigo de la ternura con que os amo á todos en las entrañas de Jesucristo.*» (*In visceribus Jesu Christi.*) Os amo, porque amáis á Cristo nuestro Señor; os amo y desearía veros felices, veros ricos en dones espirituales, ricos en méritos; os amo y desearía colocaros en el cielo, proporcionaros allí uno de los primeros puestos, poneros á todos cerca de Jesucristo y si posible fuera, dentro de sus mismas entrañas divinas. Dios que conoce el fondo de mi corazón puede dar testimonio de que el amor que os profeso es muy tierno, muy vivo y muy ardiente; y «*lo que le ruego es que vuestra caridad vaya en aumento, que os adheráis á El más y más, y que os unáis siempre á El del modo más íntimo.*» (*Hoc oro, ut charitas vestra magis ac magis abundet.* Verso 9.)

Hermanos míos, así se expresa el Santo llamado *Boca de oro*. ¿Para qué necesitáis saber más? Tal es, en substancia, el vivo interés que se tomaba el Apóstol por la salvación de los filipenses y por todos los cristianos; y como el amor en el cielo no se extingue, ni se aminora, sino que, por el contrario, se acrecienta y perfecciona, es evidente que desde aquellas mansiones de gloria continúa San Pablo amándonos á todos, y alcanzándonos del Señor los auxilios necesarios para combatir y vencer en este valle de miserias.

Y como, por otra parte, todos los bienaventurados del cielo arden más ó menos intensamente en el mismo amor y participan del mismo espíritu y desean nuestro bien y que se acrecienten con los nuestros los eternos loores á Dios nuestro Señor, no se puede negar que todos se interesan en nuestra victoria y recaban del Padre celestial para nosotros gracias abundantes para obtener cumplido triunfo del mundo, del infierno y de nuestras propias concupiscencias.

Por último, no solamente los ángeles, no solamente los bienaventurados del cielo, sino también las almas santas que están en el purgatorio y las personas justas que existen en la tierra, se unen á nosotros mediante la oración, los sacramentos, las mortificaciones y la santa Misa, y solicitan en nuestro favor poderosos socorros.

En una palabra: la Iglesia triunfante, la paciente y la militante, en unión de Cristo nuestro Señor y por sus méritos infinitos, nos granjean de la divina bondad gracias tan copiosas, dones tan excelsos y armas tan fuertes, que ni mil legiones de espíritus infernales encarnados en los hombres mundanos son capaces de mermar nuestra fe, ni debilitar nuestra esperanza, ni entibiar nuestra caridad; antes por el contrario, robustecidos y animados con tales ayu-

dadores, con tales intercesores y con tales gracias, exclamaremos enérgicamente con San Pablo: «*Ni el temor de la muerte, ni el amor á la vida, ni los ángeles malos, ni los príncipes de los demonios, ni las potestades del mundo, ni los tormentos que nos hacen sufrir al presente, ni los que nos pueden hacer padecer en lo venidero, ni la fuerza, ni todo lo más terrible y funesto que puede suceder á los hombres, y aunque todo el mundo se revuelva de alto á bajo, nada nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Jesucristo nuestro Señor.*» *La victoria que vence al mundo es nuestra fe* (1). *Todo lo podemos en Aquel que nos conforta.*—(*Omnia possumus in eo qui nos confortat.* Philip., IV, 13.)

Tal es, amados míos, la fortaleza que el Señor puso en el corazón de San Pablo; tal es la que han tenido siempre los héroes del cristianismo, y tal será la nuestra con la ayuda de Dios Omnipotente; teniendo por cierto, como dice hoy nuestra Epístola, que *Dios nuestro Señor, que comenzó en nosotros la obra buena, El la proseguirá y perfeccionará hasta el último suspiro de nuestra existencia,* y entonces recibiremos de su divina bondad la eterna corona de la gloria. Amén.

HOMILIA 2.^a

Para el Domingo XXII después de Pentecostés.

Medios para obtener la victoria espiritual.

AMADOS hermanos míos: El glorioso San Pablo, *vaso de elección*, de quien dijo San Jerónimo que era arca preciosísima de la Ley y de las sagradas Escrituras (2), al escribir la Epístola de este día á los Filipenses, les declara un afecto singular, orando y dando gracias á Dios por ellos, y confiando que el Señor les había de conservar y perfeccionar en su amistad, con aumentos de ciencia y de dilección sagrada, hasta quedar colmados de bue-

(1) Rom., VIII, 38 y 39; y I Joann., V, 4.

(2) Cur dicitur Paulus «vas electionis»?—Quia legis et sanctarum Scripturarum erat armarium. (Hieron. ad Paulin.)